

ACTUACION Y REFLEXION POLITICA HERACLITIANA

Giuseppina Grammatico

I. La ambigüedad heraclitiana.

I,1 Rasgos artemíseos en la actuación política de Heráclito.

La actuación política de Heráclito se coloca bajo el signo de la ambigüedad en un modo del todo acorde a aquellas que Albino Galvano llama "las antinomias efesias de Artemis", deidad virgínea y maternal, esquivia y amorosa, aportadora de muerte y propiciadora de vida. Los rasgos de esta diosa parecen caracterizar las oposiciones inconscientes que se hallan en el espíritu y en la estructura político-social de la Grecia antigua. Tales antinomias y ambivalencias se resuelven, ya en el ámbito mítico, en equivalencias fundamentales, y confluyen en la doctrina de los contrarios que se atraen mutuamente, característica de nuestro filósofo.¹

¹ Galvano A.: "Artemis Efesia". Adelphi. Milano 1967. p. 52 : Non ci restano indicazioni di un rapporto tra il filosofo e il culto dell'Artemision, ma é difficile sottrarsi all'impressione suggestiva che la eraclitea dialettica degli opposti abbia una scaturigine religiosa, presso antinomie o ambivalenze quali abbiano notate nella figura della dea. D'altra parte si sa che queste ambivalenze sono caratteristiche dei rapporti inconsci sia collettivi sia individuali, e potremmo forse concludere non troppo arbitrariamente che una figura come quella di Artemis efesia ci

Mucho de artemíseo hay, en verdad, en la idiosincrasia y en la conducta política de Heráclito. En una y otra, el rasgo más visible es el del alejamiento, del retiro voluntario y altivo, de la renuncia y del silencio. Y la "lejanía" es precisamente la condición intrínseca de Artemis. Poseedora de una naturaleza virginal y habitadora de regiones silvestres e inholladas, ésta se enriquece de una más profunda femineidad dentro del culto agrario, en las ceremonias iniciáticas que incluyen la flagelación como experiencia de la muerte ritual, prototipo de todas las lejanías.

También hay, en Heráclito, mucho de Asclepio que, por ser considerado hijo de una diosa lunar a menudo identificada con Artemis, es, a su vez, artemíseo él mismo. Semejante a la experiencia de la muerte ritual es, en efecto, la experiencia terapéutica de los pacientes del "asclepion" de Epidauro, quienes se sanan mediante una relación personal con el dios, que se cumple durante la exposición a las fuerzas divinas, en un aislamiento del mundo entendido como estado de total apertura a la deidad salvadora.

En ambos casos el alejamiento es visto como un reservar para sí un ámbito de libertad, un espacio donde refugiarse cuando fuerzas externas acosan al hombre obligándolo a tomar posiciones ajenas a su modo de ser. Esto es, justamente, lo que le acontece a nuestro personaje, si alguna aun débil credibilidad hemos de atribuir a lo que supuestamente originó y alimentó la leyenda que la tradi-

permette di cogliere un aspetto della coscienza religiosa dei Greci a un livello molto profondo, ancora tutto giocato, prima di ulteriori razionalizzazioni, su queste equivalenze fondamentali.

ción entretejió alrededor de su persona.

1,2 El alejamiento como búsqueda de un ámbito de libertad.

La búsqueda heraclítea de un espacio propio de libertad se concreta en dos tipos de conducta, una pasiva y una activa, firmemente enlazados uno al otro. La primera se articula en toda una gama de renunciaciones, la segunda se resuelve en la disposición a asumir actitudes poco convencionales y, a menudo, impactantes.

1,2,1 Renuncia versus aceptación.

1. Heráclito, que pertenece a la familia de los Bási-
sílides descendientes de Androclo, renuncia al título de
rey en favor de su hermano.² El título comportaba privi-
legios políticos y un cargo sacerdotal³, más ni los unos ni
el otro parecen haber sido del agrado del filósofo: por un
lado, siendo un aristocrático de viejo cuño, las tenden-
cias democráticas imperantes debieron parecerle inade-
cuadas, y no resulta extraño el hecho de que no quisiera
compartir con los nuevos líderes la responsabilidad que
el título le habría otorgado; por el otro lado, los rituales
místicos, con sus ceremonias ambiguas y aparentemen-
te impías, debían despertar en su espíritu un rechazo casi
orgánico, y no podía juzgar correcto presidir actos cultua-

² Diógenes Laercio, IX. 6: **egkhōrēsai gar ta'delphó tēs basileias.**

³ Estrabón, 3: **hoi ek tou genous onomázontai basiléis, ékhontés tinas timás, proedrían te en agōni kai porphyran epísemon tou basilikou genous, skípōna anti skēptrou, kai ta hierá tēs Eleusinías Dēmētros.**

les que no aprobaba. Esta renuncia tiene que haber sido sentida como meditado abandono de un ámbito profano, público y conflictivo y libre elección de otro más adecuado a su búsqueda filosófica y ontológica.

2. Al ser llamado repetidas veces por sus conciudadanos a legislar y a tomar parte en la administración de la ciudad, Heráclito rehusa decididamente hacerlo.⁴ A su juicio, desde largo tiempo Efeso es gobernada por una constitución que no se funda sobre principios rectos y dignos, y está sumergida en la corrupción. Considera que es demasiado tarde para hacer que se modifiquen hábitos firmemente enraizados; desconfía de los Efesios y no quiere ser involucrado en su mal gobierno. Ya la riqueza ha propagado sus lamentables engendros. Las voces aisladas que se levantan para llamar a la cordura y proponer soluciones atinadas vienen abruptamente acalladas. Cualquier adolescente sin preparación ni experiencia lo haría mejor que los hombres públicos. La renuncia de Heráclito es desdeñosa pero del todo comprensible.

3. Aunque la datación de la segunda carta pseudoheraclítea, que contiene la supuesta respuesta de Heráclito al rey Darío, oscila entre el siglo tercero a.C. y el primero d.C. y por tanto desacredita la atendibilidad de su contenido, es del todo evidente en el desconocido autor de ella el deseo de subrayar la altivez del filósofo, colindante con la soberbia, altivez que lo habría impulsado, una vez más, a una renuncia. Allí Heráclito rechaza de modo tajante la invitación del rey Darío que le pide visitarlo en

⁴ Diógenes Laercio, IX, 2: **axiούμενος δε και νόμους theinai pros autón hypereide diá to édē kekratesthai te ponēra politeia tēn polin.**

su palacio⁵ y explicarle la oscura doctrina oculta en su libro, ofreciéndole, en cambio, un montón de privilegios. De acuerdo a este tardío testimonio, el Efesio se habría negado por estar sumamente celoso de su libertad. "Tal fue el hombre, aun frente al rey", comenta Diógenes Laercio después de haber citado la carta, interpretando como inspirada por el desdén una actuación que, de ser real, sólo habría sido impulsada por la coherencia interior, la incapacidad de bajar a compromisos y una absoluta independencia de juicio y de acción ante los demás, cualesquiera que fueren.

4. Las negativas de Heráclito están acompañadas por una actitud que despierta el asombro y, a veces, la indignación de sus conciudadanos. Narran sus biógrafos que, alejándose de quienes intentan persuadirlo a tomar parte en la conducción de la ciudad, el filósofo se retira en el templo de Artemis y se pone a jugar a los astrágalos con los niños⁶. De este modo ratifica esa afinidad suya con la diosa, de la que antes hacíamos mención, y demuestra saber desprenderse de todo lazo y tener parte en la verdadera realeza, aquella proclamada en el fragmento que dice: "La vida es un niño que juega, que lanza los dados; del niño es el reino" (Fr. 52).

5. Es, este "retirarse", la condición previa de un acercamiento de otra naturaleza, de una aproximación (**ankhibasíe**) (Fr. 122) al mundo del espíritu, que sólo los

⁵ Clemente Alejandrino: *Strómata*, I, 65: **houtos basilea Dareion parakalounta hēkein eis Persas hypereiden**. Cf. Cartas Pseudo-heraclíteas I y II.

⁶ Diógenes Laercio, IX, 3: **anakhōrēsas de eis to hierón tēs Artémidos metá tōn paidōn estragálizen**.

seres verdaderamente libres logran realizar. Y al lograrlo se excava instantáneamente un abismo que lo separa de cuantos quedan situados en la otra ladera. La renuncia se resuelve entonces en un silencio enigmático, obstinado, pasmoso, del cual no es fácil dar razones. Interrogado sobre esas razones, Heráclito contesta cortante: -Callo para que vosotros charléis- ni parece importarle el estupor hostil que su actitud suscita en derredor suyo. En un mundo atiborrado de palabras a cual más vacía, el silencio no puede no causar perplejidad y resquemor.

6. Si hemos de creer, aunque parcialmente, a los creadores de su leyenda, apartándose de todos, el filósofo se retira en los montes y vive como un hermitaño, alimentándose con hierbas y frutos silvestres.⁷ Conducta consecuente y esquiva, acorde a ciertos rasgos de su carácter introvertido e incline a la meditación, opuesta a otros igualmente propios de él, que lo impelen a mostrarse, casi a exhibirse señalando los senderos de la verdad mediante la provocación. Dentro de su aparente pasividad, es éste un modo muy activo de abrirse a lo divino que lo interpela en la voz del Logos.

1,2,2 Actuación versus pasividad

1. A esa tendencia suya a apartarse se acompaña, como hemos visto, en determinadas ocasiones, una actitud beligerante y violenta que estalla en airados ataques, en intervenciones públicas petulantes y demasiado coloridas.

⁷ Diógenes Laercio, IX, 3: **Kai telos misanthrōpēsas kai ekpatēsas en tois óresi diētato, poas sitoúmenos kai botanas.**

das. Sus biógrafos competen en mencionar sus exabruptos, sus respuestas hirientes, su costumbre de levantarse en medio de la gente alboroteando.⁸ La extraña melancolía que Teofrasto le atribuye⁹ no es otra cosa que impulsividad, vehemencia, apasionamiento, abandono incontrolado a la imaginación, inclinación a los bruscos cambios de humor. Ella también se enmarca en el contexto de sus afinidades con Artemis, a la cual se atribuye el tópico del "columpio ritual", con su discreta alusión a la bipolaridad muerte-renacimiento común a los números agrarios, y cuyos alternos movimientos están en estrecha consonancia con la variabilidad del carácter heraclíteo. La mordacidad de no pocos de sus fragmentos es prueba fehaciente de este aspecto suyo tan peculiar. El anverso de unas monedas romanas halladas en Efeso lo representa de pie, barbudo, con la mano derecha levantada como para un discurso y maza en la izquierda.

2. Su actuación no siempre se desenvuelve en medio de escándalos y chirridos; sabe llegar al blanco aun cuando se expresa en el más lacónico de los silencios. Aunque no haya que tomarlo al pie de la letra, es revelador el testimonio de Temistio y Plutarco sobre la "tácita" lección dada por el filósofo a los Efesios en ocasión de un presunto sitio de la ciudad por parte de los Persas.¹⁰ Es-

⁸ Diógenes Laercio, IX, 6: (citando a Timón de Eflunte) "tois d'eni kokkystés okhlóidoros Herákleitós ainiktés anórouse".

⁹ Diógenes Laercio, IX, 6: Theóphrastos de phēsin hypó melagkholías ta men hēmitelé, tade álote allōs ékhonta grapsai.

¹⁰ Temistio: *Perí aretēs*, p. 40, citado por Mondolfo y Tarán en *Heráclito: Testimonianze e Imitazioni*, pp. 62-63. Plutarco:

caseando los víveres, Heráclito habría tomado un puñado de harina de cebada, sin decir palabra la habría mezclado con agua y la habría comido en presencia de todos mostrando que se puede vivir con poco y que el contentarse con lo que se tiene y el no crearse falsas necesidades conserva las ciudades libres, en paz y en concordancia. El silencio heraclíteo, mezcla de esquividad y altivez, es aquí una verdadera clase magistral, y expresa, una vez más, su lejanía artemísea y casi hiperbórea.

Así, nuestro filósofo alterna silencio con palabras, momentos de efervescencia despectiva a momentos de absorta reflexión, mostrando en su conducta política la realización de aquella armonía de oposiciones que es el eje central de su cosmología, de su teología, de su ética, dentro de un sistema compacto que integra todas las ramas del saber y que parte, en primera instancia, del hombre y del prisma a través del cual ese hombre ve y entiende el entorno que lo rodea y el que lo trasciende.

II Valores consagrados dentro de un modelo de conducta cívica.

Más allá de lo impactante y decidor de las noticias, verdaderas o verosímiles, de la actuación de Heráclito como ciudadano, lo que nos importa es la reflexión política que se desprende de una atenta lectura de sus fragmentos. Habrá que aclarar que damos aquí el nombre

De garrulitate, 17, p. 511 b, citado por los mismos autores en la misma obra, p. 63: **anabás epí to bēma kai labón psykhroú kylika kai ton alphiton epipasas kai to glékhoni kinēsas ekpión apēlthen.**

de política, en sentido estricto, a una reflexión que abarca todos los aspectos de la vida de la **polis** efesina tal como ella aparecía ante los ojos del filósofo. La "inmersión de Heráclito en el contexto humano"¹¹ es, en este sentido, también una inmersión política. De ella nace la valoración de ciertos principios, rasgos o componentes del quehacer público y privado que constituyen, a juicio de Heráclito, los pilares inquebrantables de la conducta cívica. Ellos son: un ejemplar ejercicio del poder, la búsqueda de la fama y de la gloria, el afán de libertad, el respeto de la legalidad, la necesidad de la medida, la primacía de lo común y la aspiración a la sabiduría. examinaremos estos puntos en una rápida visión de conjunto.

1. El ejercicio del poder se articula en las tres funciones que le son propias: la legislativa, la administrativa y la alimenticia. La importancia de una enérgica conducción por parte de una autoridad fuerte y eminente puede fácilmente desprenderse de los fragmentos en que Heráclito alude al Fuego que juzga y condena (Fr. 66), al Rayo que timonea (Fr. 64) y al dios que lleva a pastar a las criaturas terrenales conteniendo sus desmanes con el látigo (Fr. 11). El pensamiento del efesio, en lo que a esto concierne, es muy claro: el poder debe ser absoluto (Fr. 33) y ejercerse con firmeza y rigor, pero debe estar depositado en manos de una persona especial y extraordinariamente digna. No por casualidad en todos los ejemplos heraclíteos ese poder está asignado a una fuerza cósmica o a un Ente superior.

¹¹ Carlos Disandro: **Del mythos al logos**. Hostería Volante. La Plata, 1969, p. 230.

2. La obtención de la gloria, **kleos**, se coloca entre las máximas aspiraciones del hombre óptimo que se esmera en el cumplimiento de sus deberes cívicos y humanos. Ella se consigue a través de la excelencia en las artes bélicas, **areté**, (Fr. 24) o del buen uso de los talentos humanos (Fr. 39). Ninguna de las dos cosas es de fácil conquista, pero quienes logren alcanzarlas en el grado más pleno llegarán a ser paradigmas vivientes para los muchos que suelen quedarse apenas en el primer trecho del camino. Un lugar especial parece serles reservado después de la vida, en la dimensión de lo eterno. (Fr. 63). La exigüidad del número de los "dignos" (Fr. 104) ratificando lo arduo de la tarea, se destaca perentoriamente sobre el pulular de los hombres-topos que no ven más allá de su nariz.

3. La libertad es un valor supremo. Más que una aspiración política, se presenta como una dimensión interior del espíritu, como independencia de juicio y de acción frente a los otros, aunque sean éstos los propios padres (Fr. 74). No está ausente, sin embargo, en Heráclito la noción de libertad política en cuanto tal. Cuando la patria está en peligro, el hombre no debe vacilar en defenderla, y le corresponde luchar por los muros de la ciudad como por lo más sagrado (Fr. 44), entregándose sin reservas. Es en la confrontación donde los hombres se reconocen libres o esclavos (Fr. 53), y la esclavitud opaca el resplandor de la dignidad humana.

4. La veneración por la ley es quizás, para Heráclito, el aspecto más sobresaliente del quehacer político. La ciudad se sostiene sobre la ley, saca fuerza de ella, se

apoya en ella (Fr. 114). Y esa ley es venerada por ser espejo de otra que domina soberana y que se sitúa mucho más arriba de la ciudad, en el mundo de los dioses (Fr. 114). Ella se encarna en Dike (Fr. 28b), la del nombre revelador (Fr. 23), que junto a su cortejo de Erinias (Fr. 94) sanciona la culpabilidad y restablece el orden. Es venerada porque es el sólido cimiento de toda la estructura cívica y cósmica. Hay que luchar por la ley (Fr. 44) porque sin ella no hay ciudad ni ciudadanos; no hay respeto, ni pudor, ni vergüenza, y se trastocan los valores que rigen el mundo. Más que cualquier otra cosa, ella atestigua la realidad de un Ser divino al cual remite y se remite, y del cual encarna la presencia. Es por tanto extraordinariamente importante tener buenas leyes. Heráclito no titubea en condenar la **politeia** efesina por sus aberraciones mal llamadas democráticas (Fr. 121), que han puesto en vigencia leyes que no merecen tal nombre. Ellas no permiten a los buenos llegar a ser útiles para la ciudad. Botón de muestra es la expulsión de Hermodoro, hombre valiosísimo y gran amigo de Heráclito. La exacerbada crítica de nuestro autor no está, por cierto, dirigida contra la ley que ha permitido esa expulsión, sino contra aquellos que la han aplicado sin discernimiento, obnubilados por su miopía política (Fr. 121). Las leyes que son merecedoras de este nombre proceden de hombres sabios cuya alma ha alcanzado el estado ígneo perfecto y está inspirada por el **Logos**.

5. La legalidad está estrechamente vinculada a la medida que fija los lindes de todas las cosas, las físicas y las meta-físicas. nada y nadie se sustrae a la obligatoriedad de respetar esos lindes, ni una fuerza cósmica y numinosa como el Sol, (Fr. 94) ni menos aún los hombres

en su indefensa fragilidad. Heráclito exhorta a éstos apasionadamente a apagar la desmesura (**hybris**) con más premura que la que suelen poner en apagar los incendios (Fr. 43). La vehemencia con que el llamado está hecho hace pensar que la **hybris** es, en la ciudad, algo muy común. Y esto no sólo en la Efeso de ese tiempo. El sentido de la medida (**metron**), que se traduce en una conducta moderada, no es fácil de adquirir, y el hombre queda siempre expuesto a la tentación de caer en los excesos, dejándose llevar por los instintos (Fr. 85), regodeándose en la opulencia (Fr. 125a), atiborrándose como bestia (Fr. 29) y, en general, sobrepasándose... en todos los frentes. Persiguiendo su particular deleite, interés, utilidad, pierde la noción del límite y transgrede el antiguo precepto del "nada en demasía", engastado en el espíritu helénico desde tiempos primordiales.

6. Sin que esto parezca contraponerse a sus inclinaciones aristocráticas, Heráclito hace una y otra vez la apología de lo común y denuncia lo propio o lo privado como lo más dañino. "Hay que seguir lo común" (Fr. 2), predica hasta el cansancio. El hombre está inmerso en lo común: el mundo es común (Fr. 89), el Logos es común (Fr. 2), la ley es común (Fr. 114), la lucha es común (Fr. 80), el pensar es común (Fr. 113), comienzo y fin son, en cada cosa, comunes (Fr. 103). Común significa universal, igual para todos, y se opone a lo particular que es para unos de un modo y para otros de otro modo. Común es **xynón**, **koinón**; privado es **indion**. Desde su agresiva individualidad, Heráclito capta el altísimo valor de una "comunidad

de comprensión"¹², de una identidad a nivel primario, que sola puede conferir significación a esa misma individualidad. El "uno" se destaca sobre "los muchos", pero su brillo se funda precisamente sobre esa misma pluralidad que le hace de telón de fondo y que necesita de él. Aunque lo hiera e indigne la miopía política de los efesios, en ningún momento Heráclito pone en tela de juicio la justeza de la ley en cuanto ordenamiento protector del bien común. Las relaciones internas a ese ordenamiento pueden, en algún caso, parecerle incongruentes y francamente desatinadas, pero se trata de excepciones que confirman la regla. Así la concepción heraclítea es, como dice Jaeger, inequívocamente social.¹³

7. La sabiduría, finalmente, es la virtud más admirada por Heráclito, lo que es natural por tratarse de un filósofo, y la aspiración a ser sabio es considerada nobilísima y digna de ser ensalzada. Habrá que ocultar la ignorancia como el peor de los males (Fr. 45). No habrá que emitir opiniones sin fundamento (Fr. 70), ni hacer conjeturas al azar (Fr. 47). Tampoco habrá que tomar como maestra a la muchedumbre que nada sabe (Fr. 104). El sabio, dice Heráclito, tiene un "logos" más pleno que todos los demás (Fr. 39). La sabiduría no es, sin embargo, una virtud de corte racional; es más bien una suerte de destreza política y práctica, que se traduce en la conducta más adecuada a cada circunstancia. Es digno de alabanza conocer lo más que se pueda, pero lo sabido no se mide

¹² Werner Jaeger: **La teología de los primeros filósofos griegos**. Fondo de Cultura Económica. México, 1980 (1947), p. 116.

¹³ id., p. 117.

cuantitativamente (Fr. 40 y 129). Por el contrario, parece ser el objeto del conocer el que dignifica el conocer mismo, de manera que la sabiduría perfecta consiste en saber cómo la Inteligencia rectora del universo, físico y antrópico, gobierna todo sirviéndose de todo (Fr. 41). Entender cómo es configurado y estructurado ese gobierno es, en el fondo, saber lo que más cuenta: un saber que ilumina y guía el obrar. Y puesto que el Ser Supremo es "lo Sabio" (Fr. 32), al hombre no le quedará sino seguir, lo más de cerca que le sea posible, su inmejorable modelo.

III El pululante mundo de la polis efesina.

Basta una simple mirada a los fragmentos de Heráclito para darnos una idea suficientemente ajustada de la vida ciudadana de Efeso de los siglos sexto y quinto antes de Cristo.

1. El quehacer es variado, y se reparte equitativamente entre obreros, funcionarios, profesionales y... holgazanes. Es posible encontrar a guardianes que vigilan (Fr. 94 y 63), a bomberos que controlan incendios (Fr. 43), abataneros que abatanan (Fr. 59), a mineros que buscan oro (Fr. 22), a comerciantes que truecan bienes con metales preciosos (Fr. 90), a soldados que están alerta y defienden los muros de la ciudad (Fr. 44), a cocineros que preparan desde la clásica papilla de cebada (Fr. 125) hasta los manjares más succulentos. Hay quien vende y quien compra (Fr. 85), sepultureros que se afanan en enterrar cadáveres (Fr. 96) y médicos que amputan, que cauterizan heridas... y que cobran (Fr. 58); hay flecheros y atletas que compiten en los agones (Fr. 48); hay músicos y poetas (Fr. 42), doctos

que quieren saberlo todo (Fr. 129) y payadores que embaucan con sus relatos a los crédulos de siempre (Fr. 104). La gente común y corriente se entrega a la operación de poner al mundo retoños que perpetúen su descendencia dándole la ilusión de no morir del todo (Fr. 20).

2. Si hacemos un esfuerzo de imaginación, podemos trasladarnos en las calles efesinas y encontrar, en carne y hueso, a muchos de los personajes retratados por Heráclito en su galería de bocetos de la vida cotidiana, preciosa guía para familiarizarnos con el hombre de ese tiempo. Sorprenderemos al necio despistado (Fr. 87) y al que ha tomado unas copas demás y no se sostiene de pie (Fr. 117), al que intenta vanamente esconderse porque le remuerde la conciencia (Fr. 16) y al que suele caminar con la cabeza entre las nubes y tropieza con cualquier cosa cayéndose en el barro (Fr. 5). Están los que se afanan mucho y sacan poco provecho (Fr. 22) y los que descansan calentándose al lado de fuego (Fr. 91); los que son inclinados a concordar con el próximo y los que siempre llevan la contra (Fr. 10); los que sólo persiguen su provecho y los que miran al bien común (Fr. 2); los que coleccionan escritos ajenos para adquirir sabiduría (Fr. 129) y los que se esmeran en pensar con su propia cabeza (Fr. 101), aunque este último espécimen sea bastante escaso; los que quedan boquiabiertos ante cualquier novedad (Fr. 87) y los que aparentan una sabiduría que es mera sabiondez (Fr. 40). Los injustos son más que los justos y los ignorantes más que los sabios (Fr. 104), lo cual no es ninguna novedad; y la riqueza va tomada de la mano con la maldad (Fr. 125a).

3. Hay bobos y desconfiados, pacíficos y penden-

cieros, valientes y cobardes, despiertos y dormidos, libres y esclavos, famosos y desconocidos, adinerados y menesterosos, rectos y embusteros, testigos fidedignos y mentirosos descarados, caballeros de tomo y lomo y rufianes de la peor especie. Toda una abigarrada humanidad, tan cercana a nosotros que podríamos sin esfuerzo dar un rostro a cada tipo. Abundan los niños, a menudo más sabios que los adultos, aunque éstos suelen frecuentemente regañarlos (Fr. 79): niños que se despiojan al sol y juegan a las adivinanzas (Fr. 56), niños que hacen de lazarillos a los borrachines de siempre (Fr. 117), niños que lanzan los astrágalos (Fr. 52) en las veredas y en los pórticos de los templos y cuyo quehacer aparece más sensato que el de muchos mayores, niños ceñidos con la aureola de una singular soberanía. El reino es de los niños (Fr. 52).

4. Aguda y sarcástica, la mirada de Heráclito se detiene sobre los animales bajo cuyo aspecto entrevé tipos humanos bien precisos. Guiados por esa mirada descubrimos a hombres que ladran como perros atacando aquello que no entienden sin darse el trabajo de tratar primero de conocerlo (Fr. 97), a hombres que se revuelcan en el lodo de la corrupción como cerdos en los pantanos (Fr. 13), a hombres esclavos del vientre, buenos sólo para hartarse de comida como ganado (Fr. 29), a hombres, en fin, satisfechos con lo que acalla sus apetitos como lo están los asnos con la paja (Fr. 9), los bueyes con la veza (Fr. 4), o los peces con las turbias aguas marinas (Fr. 61).

5. A menudo estalla la violencia (Fr. 80 y 53) pues los descontentos abundan como en todas partes. Gobernantes y gobernados vienen en contienda y no es nada fácil ponerlos de acuerdo. Están los fautores de un gobierno

popular (Fr. 121) y los de un gobierno autoritario (Fr. 33). Los que están al mando de la ciudad golpean (Fr. 11), censuran (Fr. 66) y expulsan (Fr. 121) en el vano intento de enmendarlos, a los que discrepan, que pasan a engrosar las filas de las víctimas de turno. Los más clarividentes, como nuestro autor, tratan de establecer algunas normas básicas de conducta: Hay que condenar la arrogancia (Fr. 43), hay que defender la constitución a toda costa (Fr. 44); y aunque pueda parecer óptimo el dicho "nadie en la ciudad se destaque en demasía (Fr. 121)", en algunos casos no será inoportuno admitir que es legítimo y provechoso obedecer a la voluntad de un solo hombre (Fr. 33), si es el mejor y el más capaz (Fr. 49). Lo cual es, por cierto, sabio, pero no deja contento a nadie, antes como ahora.

6. La ciudad está protegida por muros (Fr. 44) custodiados por centinelas; tiene tribunales donde se hace justicia (Fr. 23), templos con las efigies de los inmortales (Fr. 5), oráculos (Fr. 93) donde los ciudadanos concurren en los momentos difíciles, para saber lo que hay que hacer y lo que hay que evitar, ríos de aguas siempre fluyentes (Fr. 12), caminos tan largos que parecen no tener fin (Fr. 45), hogares en cuyo interior arde el fuego de Hestía sobre cuyas cenizas suelen colocarse especias aromáticas de un perfume inconfundible (Fr. 67) y donde los dioses son de la casa. Su ordenamiento interno está inspirado en el orden divino (Fr. 114). A pesar de las sediciones y la mala administración, la ciudad se salva por tener como modelo a otra situada más allá de lo humano, a cuyo gobernante se alude como a "aquel que es" (Fr. 63), que es, él solo, sabio, (Fr. 32), que está separado de todo (Fr. 108) y al que nadie ni nada pasa

inobservado (Fr. 16). Este administra la justicia rodeado por un cortejo de custodios que le rinden homenaje (Fr. 63), tiene, acerca de las cosas, parámetros diferentes de aquellos de los mortales (Fr. 102), y constituye para la ciudad, algo así como su "espacio de eternidad" (Fr. 30).

7. Un lugar aparte ocupa en la polis el culto, pero Heráclito duda de que, tal como se manifiesta, ese culto sea grato a la divinidad. Los devotos rezan ante los simulacros de los dioses como si éstos verdaderamente los escucharan (Fr. 5), y celebran con fervor los misterios (Fr. 14). Se les ve participar en procesiones y tomar parte en extraños rituales: cantan himnos poco edificantes (Fr. 15) y se purifican con sangre (Fr. 5). No escapa al filósofo la ambigüedad de estas manifestaciones acorde, por lo demás, a cierta ambigüedad de lo divino que se revela al mismo tiempo con el rostro de Hades y de Dionisos (Fr. 15), que habla por señas como Apolo (Fr. 93), y que quiere y no quiere que se le llame con el nombre de Zeus (Fr. 32). A ese culto Heráclito prefiere la adhesión a lo divino como paradigma de sabiduría (Fr. 32 y 108) y un franco afán de conocimiento de la verdadera naturaleza de la divinidad (Fr. 126), sin embargo la tradición está fuertemente enraizada y no ha llegado aún el momento para un cambio tan radical.

Tales son los rasgos de la polis efesina, que se desprenden de una rápida reseña de los fragmentos de la obra de su hijo ilustre. Una ciudad, como puede verse, donde bien y mal están entrelazados en modo de originar una mezcla que presenta, en su conjunto, un aspecto de armonía, y donde las disonancias, que no faltan, contribu-

yen ellas mismas, de algún modo, a ratificar esa armonía.

IV El hacer político propiamente tal.

Bosquejando el hacer político, Heráclito emplea el lenguaje propio de la navegación o el de la crianza de animales; el de la administración pública y privada o el de los tribunales. Es interesante notar que este vocabulario técnico es usado sobre todo cuando el filósofo se refiere al gobierno divino, ya sea que el dios sea vislumbrado como señor del rayo (Fr. 64) y de los oráculos (Fr. 93), como fuego inteligente y rector (Fr. 66), o como Logos imperante (Fr. 1) y sabiduría absoluta (Fr. 32). Gobernar es, para él, señalar (Fr. 93), timonear (Fr. 64), apacentar (Fr. 11), juzgar (Fr. 66), discernir (Fr. 66), administrar (Fr. 41) y descubrir; es, por sobre todo, la forma más perfecta de hacer, el modo por excelencia de realizar la **diacósmesis** del mundo.

Cuando se refiere a la conducta política Heráclito aparece tironeado por fuerzas contrastantes, la de lo **idion** y la de lo **xynón** (fr. 2), por una parte, la del **heis** y la de los **pollói**, por la otra (Fr. 104). Las dos oposiciones no están orientadas en el mismo sentido. Hay que mirarlas cruzadas, en diagonal. Lo **idion**, propio, particular, privado, perseguido por los **pollói**, los muchos, le concierne o atañe a quien no tiene experiencia, al vulgo, a la muchedumbre que se aparta de la verdad y del bien y corre tras intereses individuales generalmente de poca monta. La **xynón**, común, igual para todos, indiviso, es meta de pocos privilegiados, **oligoi**; quizás sólo de uno, **heis**, que a todos trae provecho y para todos es motivo de alegría.

Heráclito no usa los términos **idiotikón** y **demotikón**, más visiblemente políticos, que luego empleará Heródoto. Quizás porque no se han vuelto aún necesarios. **Idion** le hace expresar más eficazmente ese replegarse sobre sí mismo cerrándose a todo lo otro, gráficamente descrita por el pronombre reflexivo a partir del cual está acuñado.¹⁴ **Xynón** debe parecerle más significativo, pues le permite ya sea hacer sentir más intensamente la calidez del **xyn**, que indica comunión y evoca un espacio rico en interrelaciones, ya sea hacer entender que lo común es lo que le corresponde a quien tiene tino y nobleza de espíritu.¹⁵ De todos modos, los dos términos asumen un matiz político sin dejar de ser semánticamente cargados de hondura filosófica. Para el propiciador de lo común y fustigador de lo propio, el gobierno de Hermodoro, es decir, el gobierno de "uno solo", el más capaz, el más hábil, el más útil de los Efesios (Fr. 121), es del todo digno de ser respetado. Por el contrario, un gobierno de muchos, como el vigente en su tiempo, viciado *a priori* por la tozudez de unos "muchos" que interpretan la ley al pie de la letra y no a luz del espíritu, sólo funda una **politeia** abyecta, engendradora de una larga secuela de males.

El hacer político es también un hacer ético, y ambos están, por así decir, en línea con el hacer cósmico. Los tres quehaceres juntos son el despliegue de la activi-

¹⁴ Dotado de una aspiración inicial, el adjetivo debe haber tenido originalmente la forma **+hedios** precedida por digama, y por ende debe remontarse al pronombre personal **he**, con una ampliación en **d**.

¹⁵ En el término **xynón** se percibe el eco de la expresión **xyn vooi**, "con sensatez, dotado de capacidad de reflexión".

dad de un **Logos** que ejerce su imperio sobre los seres y las cosas. Gracias a ese imperio iluminado, a cada instante en los tres ámbitos el caos informe encuentra en sí mismo el modo de transformarse en bellísimo cosmos, el opaco letargo descubre en sí el camino para trocarse en vida jubilosa, el no-ser estéril halla al interior de su desolada ladera la chispa que le permite inventar la magia del ser. El prodigio acontece en el punto de contacto, en la **synapsis** donde las cosas se tocan, donde el **trans-ire** se cristaliza, donde el paso ahonda su huella sintiendo crecerse dentro no sabe que extrañas raíces. Algo que antes no estaba se asoma, tiembla, late, fruto de quizás cual misterioso enlace nupcial. Enclavado en el centro del misterio está un delicado equilibrio de fuerzas opuestas, equilibrio que se resuelve en orden, armonía y medida, sin dejar de lado aquello fecundo que pueda haber en el desorden, la des-armonía, la des-medida. Concordia y discordia, convergencia y divergencia, consonancia y disonancia, se alternan siguiendo la vibración, toda interior, de una cadencia musical apenas perceptible; y para cada cosa está su contrario que, al limitar sus poderes y su radio de acción, la contiene en su precisa justeza, asegurándole la subsistencia. La **hybris** viene contreñida por la docilidad, el arrebató por la obediencia, los impulsos del corazón por el **logos** del alma. En la **diakósmesis** del mundo, ya sea del universo físico, ya sea del continente político, ya del espacio limitado de la psique, el **metron** reina soberano permitiendo a cada cosa "ser" y "lucirse en el ser". El tránsito de un compás a otro sella esa vida, dejando firme y segura su permanencia y variedad. Todo lo múltiple está anclado a una unidad que, siendo "separada", es al mismo tiempo "unida"; que, teniendo en sí misma su

razón de ser, pone aparte ese múltiple de su verdad y del ejercicio de ella, de tal modo que parece surgir de él y en él fundarse. Es esa unidad "siente" la que, ella sola, deja sorprender y asir lo esencial del devenir, en todos y cada uno de sus ámbitos.

Conviven pues, en la **polis** efesina como en todo sistema filosófico de Heráclito, las fuerzas más dispares, conformando el **kállistos kosmos** que siempre fue, es y será, fuego siempre viviente que arde y palpita en las sienes de **Zēn**, dios de la vida.